

CUADERNOS MARXISTAS

REVISTA DE ANÁLISIS, DEBATES Y DOCUMENTOS

“¿Comienzo del fin
-o fin del comienzo-
de la crisis”

Jorge Beinstein

“Por el (necesario y
demorado) regreso
al marxismo”

Atilio A. Boron

Radicalización
o restauración

Patricio Echegaray

DOSSIER: BICENTENARIOS

El Movimiento Obrero Argentino
y EL CENTENARIO



por Hernán Camarero



El uti possideti juris
y LA INTEGRACIÓN REGIONAL

por Antonio Peredo Leigue

Pedagogías
y EMANCIPACIONES



por Pablo Imen

El Teatro
y LA HISTORIA



por Raúl Serrano

Medios de comunicación
y PODER

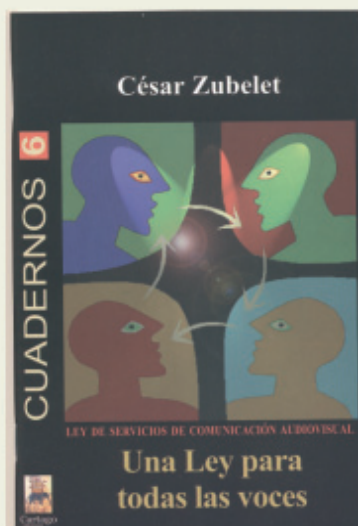
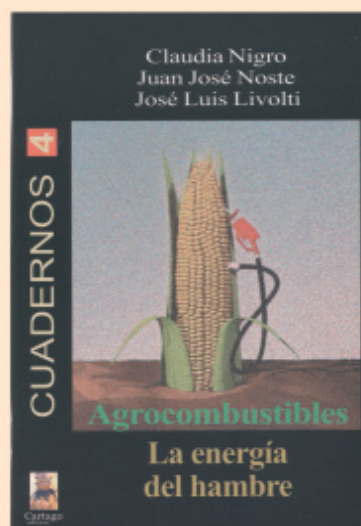
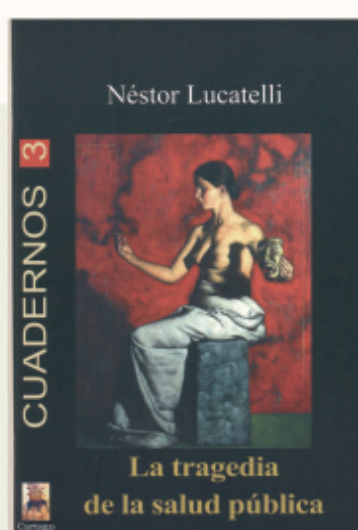
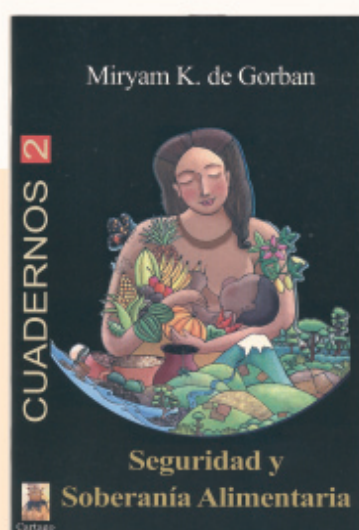


por Ernesto Espeche

El Estado
y LAS POLÍTICAS DE SALUD

por Pablo Oscar Boetsch

COLECCION CUADERNOS LA ACTUALIDAD EN FASCICULOS



Cartago
ediciones

Informe y ventas
Tel 4304-8961
E-mail

info@cartago-ediciones.com.ar

REVISTA DE ANÁLISIS, DEBATES
Y DOCUMENTOS

Director:

Patricio Echegaray

Colaboran

en este número:

Atilio A. Boron

Jorge Beinstein

Hernán Camarero

Raúl Serrano

Antonio Peredo Leigue

Ernesto Espeche

Pablo Imen

Pablo Oscar Boetsch

Diagramación:

Patricia Chapitel

La revista *Cuadernos Marxistas* es una publicación trimestral de análisis, debates y documentos de la editorial Cuadernos Marxistas, con domicilio en la Av. Entre Ríos 1039 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina 4304-0066/68 propaganda@pca.org.ar Registro de la propiedad intelectual en trámite

ISSN 1853-368X

Radicalización o restauración

por **Patricio Echegaray**5

Por el (necesario y demorado) regreso al marxismo

por **Atilio Boron**.....10

Comienzo del fin -o fin del comienzo- de la crisis

por **Jorge Beinstein**.....18

DOSSIER

El Movimiento Obrero Argentino y EL CENTENARIO

por **Hernán Camarero**.....29

El Teatro y LA HISTORIA

por **Raúl Serrano**.....38

El uti possidetis juris y LA INTEGRACION REGIONAL

por **Antonio Peredo Leigue**.....45

Medios de comunicación y PODER

por **Ernesto Espeche**.....53

Pedagogías y EMANCIPACIONES

por **Pablo Imen**.....62

El Estado y LAS POLÍTICAS DE SALUD

por **Pablo Oscar Boetsch**.....81

Al cierre de esta edición de *Cuadernos Marxistas*, se produjo el deceso del ex Presidente Dr. Néstor Carlos Kirchner. Su muerte y los acontecimientos de gran relevancia política que se produjeron en lo inmediato en nuestro país no han podido ser considerados en ésta publicación. No obstante, el análisis de los mismos y de sus consecuencias a mediano y largo plazo serán motivo de análisis y debates en nuestra revista.

Los editores

El Movimiento Obrero Argentino y **EL CENTENARIO**

En el transcurso de este año, el país asiste a la conmemoración del Bicentenario de su Revolución de Mayo, es decir, del proceso que condujo a la independencia y a la futura constitución de la Nación y el Estado argentinos. Las evocaciones y los balances históricos se multiplican. Desde los poderes públicos y desde las usinas ideológicas de las clases dominantes, pero también desde las representaciones del mundo popular, se van entremezclando y confrontando distintas miradas, opiniones y argumentaciones acerca de ese pasado, así como del modo en que debe reapropiarse en el presente.

Desde las visiones más orgánicas y tradicionales de la burguesía se pretende contrastar el actual país con el existente en los tiempos del Centenario. Su objetivo es recrear una imagen idílica de aquellos comienzos del siglo XX, para intentar mostrar los “buenos momentos” vividos cuando la Argentina era felizmente gobernada por una oligarquía que garantizaba el firme control sobre los oprimidos y aseguraba sin distorsiones “populistas” el pleno funcionamiento de sus intereses.

¿En qué consistían aquellos añorados y festejados años '10? En esa época, la Argentina venía experimentando, desde hacía tres o cuatro décadas, una impresionante transformación en todos los órdenes, a partir del fuerte crecimiento de una economía agroexportadora basada en la gran propiedad terrateniente y la dependencia del imperialismo británico. Ello había sido acompañado por la llegada de una masiva inmigración ultramarina, el desarrollo de un incesante fenómeno de urbanización y la estructuración de una nueva sociedad burguesa, en la que encontraron cauce variados y violentos conflictos de clase protagonizados por trabajadores y diversos sec-



Marcha obrera.
Carpani

*Magister en Historia, investigador, escritor.



Inmigrantes.

Contingente de
inmigrantes europeos
recién llegados
al puerto de
Buenos Aires

(Archivo General de la Nación)

tores oprimidos. En ese marco, la clase dirigente, en particular, la vieja elite liberal-conservadora, que mantenía un duradero orden oligárquico en el país pero que ya preparaba su reformulación en clave reformista (que luego se plasmaron en la Ley Sáenz Peña), preparó las festividades del Centenario como un modo de legitimación de su proyecto y de su dominio. En función de ello, entre el recibimiento de ilustres visitantes internacionales, se realizaron múltiples recepciones de gala, funciones teatrales extraordinarias, desfiles militares, marchas civiles e inauguración de monumentos. El optimismo celebratorio y la construcción mítica del pasado nacional fueron de la mano con la identificación de ciertos actores (extranjeros “desagradecidos”, obreros díscolos, anarquistas revoltosos), a los cuales se les descargó una sistemática represión, pues aparecían como amenazas perturbadoras para el fulgurante e envidiable destino de la Argentina...

Fue en ese cuadro donde la trayectoria y el futuro de la Nación volvieron al primer plano de análisis. Eso cobró cuerpo en todos los órdenes. Uno de los que más traslúcidamente lo reflejó fue el campo intelectual, con el despliegue de una auténtica “querrela simbólica por la nacionalidad”. Si hasta comienzos del siglo XX el canon interpretativo de figuras como José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge o José Ingenieros era el de un biologismo positivista preocupado por la emergencia de la sociedad de masas, la muchedumbre inmigrante y la cuestión obrera, hacia 1910 los énfasis habían variado un poco. Escritores como Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez observaban que los procesos de modernización, cosmopolitismo y arribo tumultuoso del aluvión extranjero ya habían abierto laceraciones dentro del cuerpo social y del destino nacional. Ellos

entendieron que esas heridas debían suturarse con una redefinición de la identidad nacional, una conmoción patriótica y una apuesta a la regeneración del “alma argentina”, que pudo abreviar en el hispanismo y el mito de la raza o en una ecuación criollista. Todo condujo al surgimiento de un nacionalismo cultural, espiritualista, esencialista, restaurador de valores, costumbres y tradiciones locales, en suma, descubridor de nuestras innatas virtudes... El “espíritu del Centenario”, aun manteniendo la hegemonía del liberalismo, tradujo buena parte de los tópicos y preocupaciones de este primer nacionalismo, que años más tarde, mostraría todas sus garras contra los trabajadores en lucha y las expresiones ideológicas partidarias del cambio social.

La clase dominante se hizo cargo y propagandizó este tipo de relatos. En ellos, estaba claro el lugar completamente subalterno que debían ocupar los trabajadores. Cien años después, las expresiones más genuinas de la burguesía argentina vuelven a recordar los días de aquel Centenario, poniendo en marcha nuevas operaciones mistificadoras. Los tópicos y los énfasis han cambiado, adaptados a los nuevos tiempos de la globalización financiera, el neoliberalismo y el engaño acerca del fin de la historia, de las ideologías y de la lucha de clases. No hace falta más que hojear las venerables páginas del diario La Nación o leer a algunos de los publicistas del sistema. Lo que ahora se pretende mostrar es que, hacia 1910, se dibujaba la silueta de un país sin miseria, exclusión o represión algunas. En esa pintura, queda borrada la existencia de los explotados, sus acciones de resistencia y su articulación como sujeto social.

Como parte de este escenario, un actor es forzado a quedar en la total penumbra: el movimiento obrero. Es un invitado indeseable en la mistificadora historia de la

clase dominante. Pues su presencia, manifestada en luchas, huelgas, manifestaciones y organizaciones sindicales y políticas, permitiría varias cosas: recrear la contracara de ese país fastuoso cuya imagen pretende legitimarse; reconstruir el suelo social sobre el que se intentó edificar un país para las minorías; e ilustrar la reacción a los mecanismos de explotación y opresión a los que apelaron los poderosos. Más aún, lo que más interesa velar a la burguesía no es sólo el acto de resistencia espontáneo de los trabajadores, sino su estructuración como sujeto social y político, desde el cual se esbozaron otros proyectos de país, opuestos o alternativos a los de la oligarquía.

Precisamente, en función de intentar contrarrestar estos montajes en torno al Centenario, el objetivo que nos proponemos en las páginas siguientes es el de delinear algunos de los rasgos del movimiento obrero existente en aquellos comienzos del siglo XX, en particular, de sus expresiones más conscientes e ideológicas, como el anarquismo, el socialismo y el sindicalismo revolucionario. En este viaje al pasado no buscamos realizar un ejercicio en clave apologética, superficial o anecdótica. El único modo de poder reapropiarse de aquellas experiencias emancipatorias de lucha y organización es hacerlo de manera crítica, identificando tanto sus aportes y realizaciones efectivas como sus límites y defectos más manifiestos.

I

Si algo distingue al movimiento obrero argentino, además de su extraordinaria riqueza y variedad de matices, es su notable precocidad. Puede decirse que el movimiento proletario acompañó la formación misma de la Argentina moderna y capitalista, configurada a partir de mediados del siglo XIX. Ya en 1857, cuando en Buenos Aires apenas estaban coagulando aislados reductos de mano de obra asalariada, se constituyó una organización obrera, la de los tipógrafos. Pronto comenzaron las huelgas y se fueron sumando otras mutuales, sociedades de socorros mutuos y de resistencia y, tiempo después, los primeros sindicatos plenamente orientados para la intervención en la lucha de clases. Militantes de origen alemán, italiano, francés y español, tanto anarquistas como socialistas, con-

formaron entidades entre panaderos, ebanistas, zapateros y cocheros, grupos definidos por el oficio, evidencia del carácter todavía artesanal de aquella joven clase obrera. Eran organizaciones voluntaristas, que debían funcionar con el esfuerzo de sus afiliados y venciendo la tenaz resistencia de los patrones y el Estado oligárquico.

Hacia 1890 se iniciaba un nuevo ciclo. La fecha es simbólica. A partir de ese año se comenzó a conmemorar el día internacional de los trabajadores y se constituyó una muy pequeña federación que agrupaba a los distintos gremios. Este último esfuerzo resultó efímero, como otros que le continuaron, hasta la creación de la FOA/FORA, conducida por los anarquistas. Los gremios respondían a un modelo de fraternidades de productores, que resistían a la lógica del trabajo industrial y denunciaban las arbitrariedades capitalistas. Eran entidades basadas en la acción directa, sin militantes rentados, que funcionaban a partir de la práctica asamblearia y carecían de encuadramiento legal. El carácter extranjero reforzaba el sentimiento de exclusión y conducía a los obreros a posiciones radicalizadas, de rechazo global al sistema político.

Quienes mejor pudieron canalizar estas tendencias confrontacionistas, y más cabalmente se adaptaron a las características de aquel primer proletariado, fueron los anarquistas. Ellos constituyeron a su alrededor un significativo movimiento social y cultural, que se articuló en torno a centenares de círculos y agrupamientos, bibliotecas y escuelas, grupos teatrales y nucleamientos feministas, y una densa red de periódicos, entre los que se destacó *La Protesta*. Fueron ellos quienes más consecuentemente impulsaron, en 1901, la primera gran central de trabajadores que tuvo el país, la Federación Obrera Argentina, que luego de 1904 fue denominada Federación Obrera Regional Argentina. Esta FORA fue la que, en su V Congreso, de agosto de 1905, quedó estatutariamente embanderada en los principios del comunismo anárquico. La FORA tuvo un desarrollo importante durante su primera década, llegando a nuclear en sus momentos de mayor auge cerca de veinte mil activistas y simpatizantes. Conformó decenas de sociedades de resistencia y acaudilló, ya desde 1902, grandes y combativas huelgas generales, manifestaciones y luchas populares (como la huelga de inquilinos de 1907). Estos con-

flictos sufrieron la constante represión policial, militar y legal por parte del Estado conservador, entre otras formas, con la denominada Ley de Residencia, que permitía expulsar de modo expeditivo a los extranjeros que violaran el “orden público”.

Ya en 1909, la ofensiva revolucionaria de la FORA se hizo sentir con vigor: tras el acto del 1° de mayo, en el que varios obreros ácratas fueron asesinados por la policía al mando del Coronel Falcón, sobrevino una gigantesca huelga general en la que se repitieron y profundizaron los fuertes choques con las fuerzas represivas, provocando otro número de víctimas (obreros y policías). Los hechos serían conocidos como la “Semana Roja” y no fueron sino un antecedente exacto de lo que ocurrió un año después, cuando la burguesía se aprestó a los festejos del Centenario. Ya preventivamente, en febrero, dictó la Ley de Defensa Social, que incrementaba la persecución contra trabajadores y militantes de izquierda. El 1° de mayo, el movimiento obrero dirigido por el anarquismo pudo movilizar cerca de 70.000 manifestantes y, tras la represión, una semana después, iniciar una nueva y combativa huelga general, de carácter indefinido. Esta medida, sin embargo, fue brutalmente aplastada por el gobierno de las clases dominantes, con la aplicación del Estado de Sitio y un sistemático ataque a los locales obreros. Esto fue ejecutado no sólo por la policía sino también por parte de grupos políticos nacionalistas de extrema derecha. El paro recién se levantó el día 21 y la conmemoración centenaria debió realizarse bajo el imperio de la ley marcial. Aquella fue una dura derrota para el movimiento obrero. A pesar de ello, logró ir recobrándose en el siguiente lustro. Para el anarquismo, sin embargo, el golpe fue decisivo y le significó el inicio de un proceso de declive.

El retroceso de las fuerzas libertarias no se debió únicamente al feroz mazazo propinado por la burguesía y su Estado en las jornadas de 1910. Existían una serie de determinaciones y factores más profundos que operaban en aquella dirección. En verdad, las corrientes ácratas lograron la hegemonía en el período embrionario del movimiento obrero pues una gran parte de los trabajadores todavía resistía a la lógica del trabajo industrial, no lo aceptaba plenamente y pugnaba por encontrar márgenes de libertad o, incluso, por abandonar su con-



La Protesta.

Reunión de panaderos de la FORA en el local de Montes de Oca.

(Archivo General de la Nación)

dición obrera. Pero a partir de los años diez y veinte, esa situación comenzó lentamente a variar: el disciplinamiento se fue haciendo inapelable en una sociedad urbana en creciente industrialización, en la que iban imponiéndose nuevas formas de explotación del trabajo que, merced a cambios tecnológicos y un mercado de trabajo cada vez más competitivo, cercenaban la autonomía a los obreros y liquidaban los oficios artesanales. Lentamente, surgía una clase obrera moderna, carente aún de una legislación laboral sistemática que la protegiera. Los incentivos estaban dados para la generalización de un sindicalismo por rama. La negativa de la FORA V Congreso a aceptar esta realidad y a reconvertirse en esa dirección, para preferir, en cambio, seguir como entidad federativa de sociedades de resistencia y gremios por oficio exclusivamente anarquistas, terminó condenando a esa corriente, no a su desaparición, pero sí a su gradual decadencia, y a perseverar en la conservación de gremios en vías de extinción, como el de cocheros, carreros, plomeros o carpinteros.

II

La otra gran expresión ideológica del movimiento obrero argentino era la que se articulaba en torno al Partido Socialista. El PS se había fundado en 1896, luego de más de una década de propagación de diversos núcleos y periódicos de carácter marxista que fueron instalando

la necesidad de organizar un partido de la clase trabajadora. A excepción de un primer momento, el de su prehistoria y germinación, el PS careció de ideas plenamente marxistas y revolucionarias. En la práctica, sobre todo desde que Juan B. Justo logró hacerse del pleno control de la dirección y pudo imprimirle su orientación programática, el PS se fue consolidando como una alternativa política moderada y progresista de los sectores obreros y populares en varias ciudades de la región pampeano-litoraleña del país. Se trataba de un partido de una indudable base plebeya pero, en buena medida, dirigido por sectores provenientes de los sectores medios ilustrados y profesionales, que buscaba el perfeccionamiento de las instituciones democráticas, el mejoramiento de las condiciones de vida de las clases populares y la modernización del país, alejado de toda idea de revolución social.

El PS no careció de escala e implantación en la sociedad argentina. Tuvo una extensión importante como fuer-

za política hasta mediados de los años cuarenta. Constituyó uno de los tejidos partidarios más importantes y organizados, desparramado por casi toda la geografía nacional. Incluso, hasta la irrupción del peronismo, el PS alcanzó resultados electorales variables pero de ningún modo insignificantes, que en el segundo distrito electoral del país, la Capital Federal, lo convirtieron, desde la aplicación de la ley Sáenz Peña de 1912, en la primera o segunda fuerza política, con porcentajes que promediaban entre un 20 o un 30% del total. Además, logró desplegar una rica e importante experiencia parlamentaria, que, también con oscilaciones, entre 1904 y 1943, le permitió disponer de importantes bancadas en la Cámara de Diputados y una presencia en la de Senadores. En la Capital Federal, contó con una representación siempre relevante en su Concejo Deliberante. Como partido, tampoco desconoció la gestión municipal, que pudo ejercer en ciudades de distintas provincias y territorios nacionales del país. Tampoco fue un partido carente de grandes figuras o con estructuras de liderazgo inconsistente, como lo evidencia la trayectoria de dirigentes como Justo, Alfredo Palacios, Nicolás Repetto, Enrique del Valle Iberlucea, Mario Bravo o Carlos Sánchez Viamonte, entre muchos otros.

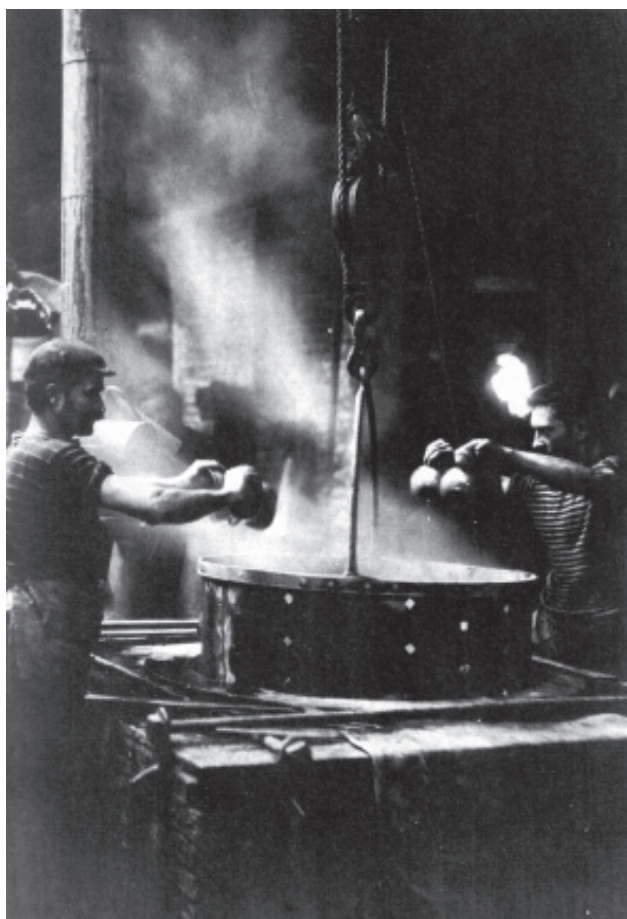
Si la incorporación del PS al sistema político fue relativamente exitosa, aún siendo una fuerza minoritaria, tampoco fue débil en cuanto a su inserción en la sociedad civil. Desde comienzos del siglo XX, pocos partidos podían exhibir una trama tan abigarrada de centros políticos barriales, bibliotecas, agrupaciones o asociaciones socio-culturales, deportivas, femeninas, infantiles, etc. Se trataba de una penetración sostenida y alentada, por otra parte, en una gran cantidad de diarios, periódicos, revistas, colecciones de libros y editoriales. El eco alcanzado por el diario *La Vanguardia* logró incluso traspasar las fronteras nacionales y se convirtió en un punto de referencia de la izquierda en todo el continente. Todo ello, sumado a la acción de las cooperativas, convirtió al socialismo en una empresa de indudable influencia social.

El PS reivindicaba explícitamente su condición de partido obrero y toda su acción, su retórica y su práctica parlamentaria se orientaba en dirección a una política reparadora o favorable a los intereses de la clase proletaria. No hace falta más que recordar la constante faena

Isabel de Borbón y José Figueroa Alcorta.

La infanta española pasea
con el presidente argentino durante
los festejos del Centenario
(Archivo General de la Nación)





Proletariado urbano.

Nuevas formas de explotación del trabajo surgieron al calor de las 30000 fábricas que tenía el país hasta 1910.

(Archivo General de la Nación)

de los socialistas a favor de los reclamos laborales y en pos de una legislación obrera. Incluso, tampoco puede decirse que el PS careciera de obreros en sus filas orgánicas, en sus redes de apoyo o entre sus votantes.

Sin embargo, a pesar de la importancia del PS en el terreno político y socio-cultural, fueron evidentes sus dificultades para convertirse en una poderosa corriente del movimiento obrero. Una de las razones de ello radi-

có en la disociación entre actividad sindical y actividad política, que arrastraba el partido casi desde sus inicios. En especial, desde que se impuso la “hipótesis de Justo”, se consideró que el movimiento obrero debía ser completamente independiente del partido, y contar con tácticas propias y fines específicos. Se estableció que la acción política y la acción sindical debían marchar por caminos separados, aunque, en lo posible, de modo paralelo y articulado. Los afiliados del PS tenían que participar de la vida de los sindicatos pertenecientes a sus oficios o ramas de actividad y hacer propaganda socialista, pero concibiendo a aquellas organizaciones como entes autónomos, libres de toda tutela partidaria. En los hechos, esto condujo a cierto desinterés del PS por la cuestión gremial, la cual quedó más bien desplazada por el mayor peso que ocuparon las campañas electorales y políticas generales, la acción parlamentaria, las tareas socio-culturales e, incluso, las labores cooperativas. De hecho, sólo un pequeño sector de los afiliados socialistas se agremió efectivamente a sus respectivos sindicatos.

De este modo, el PS, durante la primera década y media del siglo XX, ya había quedado en un espacio algo restringido dentro del universo gremial. Como hemos visto, ese lugar había sido ocupado de manera más clara por el anarquismo. Los afiliados socialistas, y los gremios por ellos orientados, impulsaron en 1903 la creación de la Unión General de Trabajadores (UGT), que en 1909 se disolvió en una nueva sigla, la Confederación Obrera de la Región Argentina (CORA), aunque ya con dirección de los sindicalistas revolucionarios. Ambas organizaciones, sin embargo, aparecieron más débiles que la FORA anarquista.

Las evidencias de que el partido tenía permanentes dificultades con el tema sindical, es que tuvo que aceptar, sin mucha voluntad, que algunos de sus afiliados crearan estructuras específicas para promover la sindicalización de sus filas o la coordinación de sus fuerzas gremiales, algo absurdo para el que supuestamente era un partido obrero. Esa es la historia del Comité de Propaganda Gremial o el Comité Socialista de Información Gremial, que, por otra parte, acabaron teniendo diferencias y choques con la dirección partidaria. Cada una de las rupturas o escisiones de izquierda que tuvo el PS cuestionó esta desatención del problema sindical, que

en todos los casos fue entendido como un alejamiento práctico y concreto del partido respecto a la clase obrera y a sus luchas.

En verdad, el problema en el socialismo argentino era mucho más profundo que una mera desarticulación entre lo sindical y lo político. Y esto no ha sido suficientemente señalado. Sobre la base de esa desarticulación, lo que existía era una concepción que subordinaba completamente la confrontación de clases a una faena de reforma e integración social e idealizaba la lucha de clases como una suerte de disputa retórica de proyectos en el terreno neutro de un ágora. El PS no era un partido que, actuando en el escenario de la lucha obrera, canalizaba esas demandas, desde lo sindical a lo político, y las convertía en iniciativas reformistas. Era un partido que, en tanto tal (más allá de la presencia de algunos de sus militantes), se enajenaba de los conflictos obreros y de la organización sindical, y desde esa exterioridad, “leía” la lucha de clases y la traducía en el discurso y la práctica de la reparación legislativa. Eso explica que el socialismo fuera superado en su presencia en el movimiento obrero tanto por corrientes confrontacionistas y/o revolucionaristas (por ejemplo, el anarquismo y, posteriormente, el primer sindicalismo revolucionario y el comunismo), como por corrientes más pragmáticas o negociadoras (por ejemplo, la que luego corporizó el propio sindicalismo). La externalidad respecto del movimiento obrero indisponía al socialismo frente a las demás corrientes que actuaban en su seno.

III

Las posturas del PS sobre el lugar y la función de la actividad gremial, y su relación con el partido, motivaron un constante debate interno. El primer cuestionamiento importante provino del grupo que se desgajó de sus filas y conformó la corriente denominada sindicalismo revolucionario (con el transcurso de los años, más conocida con el nombre de sindicalismo). Su origen ideológico estuvo en Francia e Italia, inspirado en planteos, entre otros, de Georges Sorel, Hubert Lagardelle, Fernand Pelloutier y Arturo Labriola. Sus ideas se expandieron rápidamente desde principios del siglo XX. Ya en 1902 ellas lograron hacerse predominantes en la CGT

francesa y cuatro años después se impusieron en el congreso de Amiens. Uno de sus puntos de partida fue la publicación, en 1897, del libro de Sorel titulado *El porvenir de los sindicatos obreros*. En esa obra, Sorel oponía el sindicato obrero al Partido Socialista, denunciando la “degeneración” de la socialdemocracia y de los partidos laboristas u obreros. Con el paso de los años, el sindicalismo fue conformando toda una nueva doctrina. Establecía como principio exclusivo de lucha el método de la acción directa (desde la huelga, el boicot y el sabotaje, hasta la insurrección y la revolución social), consideraba a los sindicatos la única forma de organización válida de los trabajadores (y embrión de la sociedad futura), cuestionaba la participación obrera en los partidos y recusaba la arena parlamentaria.

En la Argentina, los primeros y principales mentores del sindicalismo, entre 1904-1906, fueron una serie de dirigentes del PS: entre otros, Gabriela Laperrière de Coni, Julio A. Árraga, Aquiles S. Lorenzo (quien ocupaba el cargo de secretario general del partido), Bartolomé Bossio y Emilio Troise. Desde afuera del socialismo, pronto se sumaron algunos cuadros proletarios, entre los que se destacó Sebastián Marotta (obrero constructor de carruajes y rodados, que luego devino en linotipista). Dentro del PS, el grupo venía editando desde 1904 un vocero de prensa propio, *La Internacional*, un año después continuado por *Acción Socialista*. Periódico Sindicalista Revolucionario. La “cuestión sindicalista” fue debatida y zanjada durante el VII Congreso del PS, celebrado en la ciudad bonaerense de Junín en abril de 1906, triunfando la posición socialista tradicional contra los disidentes. Nicolás Repetto presentó una moción, finalmente impuesta, en la cual se proponía que el grupo sindicalista se constituyera en un partido autónomo, a fin de realizar la comprobación experimental de su credo y de sus tácticas.

Fuera de las filas del PS, este grupo de militantes se concentró en la Agrupación Sindicalista Revolucionaria y comenzó a cosechar un fuerte apoyo entre los trabajadores. El sector conquistó la dirección de la UGT, en 1909 transformada en CORA, bajo la secretaría general del antes mencionado Marotta, y, ya desde la segunda década del siglo XX, se convirtió en la expresión hegemónica en el mundo del trabajo, logrando desplazar de

esa condición a los anarquistas. La CORA ingresó en la FORA y en el IX° Congreso de esta central, realizado en abril de 1915, los sindicalistas lograron ganar su dirección. En ese cónclave se decidió anular la adscripción que la federación tenía a los principios del comunismo anárquico. Esto motivó la escisión de la mayor parte de los anarquistas puros, que decidieron conformar otra entidad bajo la misma sigla. Desde ese entonces, existió la FORA V° Congreso, de tendencia ácrata, y la FORA IX° Congreso, de mayoría sindicalista, que experimentó en los años siguientes un crecimiento notable.

Para ese entonces, el sindicalismo había virado hacia un comportamiento cauto y prudente, que se incrementó con el acceso a la presidencia del radical Hipólito Yrigoyen. Uno de los planteamientos que más profundizó fue el del “apoliticismo”. Según este enfoque, para que los sindicatos pudiesen ejercer eficazmente su tarea, debían ser independientes y neutrales de toda posición ideológica o adscripción política, pues el requisito de la fuerza de la organización era su unidad. Con el paso de los años, esta corriente, en la Argentina y en todo el mundo, se fue metamorfoseando, adquiriendo algunos rasgos burocráticos, conciliadores y reformistas.

Los límites y defectos del sindicalismo fueron rápidamente señalados desde el marxismo revolucionario. La crítica se dirigió hacia aspectos múltiples: su inclinación al economicismo (una concepción según la cual la lucha entre el capital y el trabajo sólo se libraba en el terreno de las relaciones productivas, por lo que cada conquista allí obtenida por los trabajadores socavaba los cimientos del capitalismo y preparaba el advenimiento de la nueva sociedad); su menosprecio de la lucha por los intereses históricos del proletariado; su excesivo culto de la autonomía sindical; su fetichismo de la huelga general; y su incompreensión del papel de la vanguardia revolucionaria (es decir, del partido) y del combate político. De hecho, el señalamiento era que se trataba de una corriente condenada a derivar “hacia el oportunismo”.

IV

Durante el Centenario fueron estas grandes corrientes —el anarquismo, el socialismo y el sindicalismo—, las

que expresaban ideológica y políticamente al movimiento obrero en la Argentina. Este último ya había logrado articularse como sujeto y comenzaba a intervenir en la escena nacional con un perfil diferenciado, que antagonizaba y presentaba una clara alternativa al país de las clases dominantes. A pesar de sus divisiones, en su primer cuarto de siglo, el movimiento obrero había demostrado poseer una potencialidad social, política y cultural notable. Había protagonizado luchas heroicas, en las que algunos de sus mejores militantes fueron muertos, presos o deportados, y había comenzado a imponer a la patronal la organización sindical. Aún era autónomo del Estado, al que seguía caracterizando como burgués. En su universo, podían hallarse reformistas o revolucionarios, pero allí dominaba una mirada anticapitalista, partidaria de un nuevo orden social. Incluso, allí pudo construirse una socialización alternativa a la de la clase dominante, con esas centenares de experiencias e instituciones socio-culturales y reivindicativas. Esta cultura proletaria se apoyaba desde la prensa: se escribían y leían periódicos obreros de masas, capaces de irradiar concepciones contrahegemónicas.

Los cambios que experimentó el movimiento obrero durante el siglo que siguió, en la Argentina y en todo el mundo, fueron enormes. Es indudable que hoy este sujeto social y político se encuentra ante potencialidades pero también desafíos y dificultades que resultan muy distintos a los que exhibía en 1910. En estos cien años el dominio capitalista mundial fue seriamente amenazado por diversos procesos revolucionarios que, por diversas causas, no lograron derribar y suplantar la dictadura de una burguesía cada vez más globalizada y voraz. En nuestro país, tras la aparición del fenómeno nacional-populista, representado por el peronismo, la clase obrera argentina gozó, sólo efímeramente, de algunas de sus más grandes conquistas en el plano económico-social, al tiempo que perdió su autonomía y quedó supeditada al Estado, provocando efectos impensados a principios del siglo XX y que aún son padecidos: el fuerte debilitamiento de las concepciones socialistas y anticapitalistas (dado el narcótico impacto de una ideología de armonía social entre el Capital y el Trabajo) y la entronización de una siniestra y aún persistente burocracia sindical, corrupta y traidora, que históricamente tendió a



Persecución y represión a la clase obrera.

La Ley de Residencia primero y la Ley de Defensa Social después, dieron el marco legal a la burguesía contra los trabajadores y militantes de izquierda.

esterilizar o bloquear la acción independiente de los trabajadores.

Sin embargo, la clase obrera, aquí y en todo el mundo, sigue presente, con todas sus disposiciones objetivas y subjetivas para volver a convertirse en el actor clave de la transformación revolucionaria contemporánea. ¿De qué clase obrera estamos hablando? Ya no exclusivamente limitada al proletariado industrial, sino entendida bajo un contorno mucho más amplio que éste. Quizás, hoy mejor definida como la clase-que-vive-del-trabajo. Una clase que ha mutado profundamente en sus formas y abarca a las grandes masas asalariadas. Una clase, por ello, más numerosa y diversificada, pero también, más heterogénea y fragmentada. Una clase que se ve sometida

a nuevos mecanismos de explotación y subsunción al Capital y que asiste a la crisis de muchas de sus viejas formas de organización, representación, liderazgo y conciencia. Una clase quizás todavía desorientada, que busca, aún a tientas, las vías para reorganizarse y pasar a la ofensiva. Una clase que sólo podrá articular una verdadera oposición de masas al sistema capitalista a condición de poner en pie un nuevo movimiento obrero refundado sobre nuevas bases socialistas. Una clase, entonces, que, como lo pensaba Marx hace más de un siglo y medio, sigue siendo potencialmente la sepultura del capitalismo, siempre y cuando asuma las fuerzas transformadoras que entraña en su seno y de que su liberación será obra de su propio genio y esfuerzo.

Para finalizar, también es necesario establecer el total contrapunto existente entre aquel Centenario y este Bicentenario, en el sentido de cuáles son los posibles relatos, interpretaciones y formas de entender la realidad histórica argentina. El escenario de hoy, por cierto, es muy distinto al de 1910. Los desvelos instalados por aquella reacción nacionalista ya no son los nuestros. Los desvaríos de una clase dirigente ensoberbecida y confiada en un destino argentino excepcional tampoco merecen la menor nostalgia. Hoy carece de sentido pensar desde los circunstanciales peligros que estorbaban el devenir de nuestra “grandeza nacional”, pues sería más apropiado hacerlo desde el actual cuadro de un proyecto de país en buena medida fallido e inconcluso. Esto tiene impacto en el campo historiográfico. Frente a un relato tradicionalmente capturado en las matrices del liberalismo republicano y del nacionalismo en cualquiera de sus variantes, deben abrirse las compuertas a una interpretación y una narración distintas sobre todos los procesos que signaron nuestro pasado. Frente a una historia obsesionada por la construcción y los avatares del Estado, el poder, el orden republicano, la institucionalidad liberal o la continuidad de esencias nacionales o raciales (por otra parte, siempre a espaldas de América latina y de las clases subalternas), hay un espacio alternativo: el de un examen que hunda sus preocupaciones en la reconstrucción del movimiento histórico de la sociedad y de sus tensiones, desagregaciones, conflictos y posibilidad creativa. En esta indagación, el lugar del movimiento obrero no podrá subestimarse.



*“Me siento tan patriota de Latinoamérica,
de cualquier país de Latinoamérica, como el que más
y, en el momento en que fuera necesario, estaría dispuesto a
entregar mi vida por la liberación de cualquiera de los
países de Latinoamérica, sin pedirle nada a nadie,
sin exigir nada, sin explotar a nadie”*